



La Casa del Obrero Mundial acaba de tomar posesión del edificio conocido con el nombre de «Jockey Club».

Esta es la noticia que, no sólo entre los obreros, sino también entre las clases «acomodadas», está provocando los más opuestos y acalorados comentarios.

Y el revuelo está justificado.

Es este un caso de una significación verdaderamente extraordinaria, pues ello patentiza las tendencias netamente radicales de la revolución, y robustece la confianza de los que a ella se adhirieron, llenos de optimista entusiasmo, convencidos de la pureza de sus principios y seguros de que van a ser los hechos los argumentos que se emplearán para demostrar, a propios y extraños, que el programa que les sirvió de bandera, es algo más que vanas promesas.

Pero no es observando la parte material solamente como se puede juzgar toda la trascendental importancia que entraña el acto de justicia revolucionario realizado.

Esto, con ser mucho, solo significa la posesión de un local amplio y cómodo para los sindicatos obreros, para la Escuela Moderna y demás dependencias de la Casa del Obrero.

En cambio, sus proporciones se agigantan, al ser considerado desde el punto de vista moral.

Esta mansión suntuosa donde los privilegiados de la fortuna iban a celebrar sus orgiásticas fiestas; estos inmensos salones cuajados de espejos, de afiligranados decorados, por cuyos encerados parquets se deslizaban, en los grandes bailes de gala, los pies primorosamente calzados de las excitantes hembras de noble estirpe; donde a la luz deslumbrante de miles de bujías engarzadas en caprichosas obras de orfebrería se revivían épocas de esplendores legendarios; donde olvidando sus crímenes los extorsionadores del pueblo, ebrios de alcohol y de lujuria, se entregaban radian-

tes de placer a las más escandalosas bacanales; este palacio, en fin, clásico albergue de seculares infamias, se va a transformar, por obra de la revolución, en templo de instrucción y de trabajo.

Y esto es altamente significativo.

Ya por los balcones de sus artísticas fachadas, no se asomarán los rostros provocativos de lividinosas cortesanas, sino las risueñas cabezitas de los alumnos de la Escuela Moderna. Y en la puerta de la antigua aristocrática calle de San Francisco, ya no se verán estacionarse las congestionadas corpulencias de los cresos insolentes, sino a los esclavos manumitidos, a los triunfantes libertarios, que por esta vez van a saber aprovechar el fruto de sus victorias.

Por una coincidencia que se nos antoja simbólica, el mismo día que tomábamos posesión del «Jockey Club», regresaba, después de terminar su brillante campaña, el Batallón del Sindicato de Tranvías, y nosotros, al verlo llegar, nos acordamos de la frase que, cuando salíamos para Orizaba, dirigió un compañero a sus amigos, como despedida: «no vamos a ver si vencemos, sino a vencer», dijo. Y la profecía se cumplía, pues después de haber triunfado con el fusil en los campos, veía completarse la victoria en la ciudad.

Al recordarle nosotros la feliz frase, nos contestó que él no se equivoca nunca, y con su singular gracejo, agregó que desde luego nos anunciaba para dentro de poco, el exterminio total de los «científicos» que aun quedan.

¡Los científicos!

Toda la maliciosa agudeza popular se exterioriza en este irónico mote, con el cual eran designados los sostenedores de la dictadura.

¡Los científicos!

Hubiera estado más acertado vaticinándonos el próximo fin de los últimos bárbaros.

Porque creemos que ni en broma puede llamarse científicos a los

culpables del atraso en que ha quedado sumida la inmensa mayoría del pueblo mexicano.

A no ser que la ciencia consista en fomentar la ignorancia de nuestros contemporáneos.

Porque en este caso no cabe duda, que los exhombres de la situación pasada, tendrían derecho a reclamar el título que nosotros les disputamos.

Si los interesados se juzgan con méritos suficientes para seguir ostentándolo, decídanse a demostrarnos que estamos en un error y tengan la seguridad de que si nos convencen, les cedemos el lugar.

Pero no hay cuidado: no lo harán.

Ellos mismos están convencidos de que sus odiosos privilegios estaban sostenidos no por sus habilidades, ni por la cacareada energía del neroniano déspota, sino por la ignorancia y, falta de virilidad del pueblo, y sobre todo, por el abyecto servilismo de los mal llamados intelectuales, de estos que, incapaces de abrirse paso en la lucha por la vida con medios decorosos, se arrojan a las plantas de los poderosos, humillando su cerviz de lacayos, y en degradante genuflexión se inclinan hasta el suelo, para que el tirano ponga en su frente el lodo de su bota, ungiéndolos de este modo en el yugo de la ignominia.

A esos astrosos camastrones debieron la impunidad de sus crímenes y latrocinios los caciques de la dictadura; pero ahora, arrojados unos y otros de sus poltronas por la ira popular, no les queda más remedio que confesar su estulticia, y ceder el puesto a los que están dispuestos a demostrarles que, para dirigir un pueblo por la senda del progreso, sirven mejor las manos callosas de los trabajadores, que los afilados dedos de los belitrosos.

Los tiempos cambian.

Si esto sigue por este camino, pronto podremos decir, parodiando una célebre frase:

«Mala la hubisteis, burgueses, en esta lucha de clases».

JUAN TUDÓ.